

LA REAL CACERÍA DEL SOL

ACTO PRIMERO

LA CACERIA

Un escenario desnudo. En la pared interior, la cual es de madera, se encuentra fijado un enorme medallón de metal, dividido en cuatro partes y con cuatro cruces negros afilados, semejando espadas.

ESCENA 1

Oscuridad. (Luz clave 1).

(Aparece el **Viejo Martín**, entrecano, cincuentón. Viste el traje negro del hidalgo español de mitad del siglo XVI).

VIEJO MARTIN. Dios os bendiga. Mi nombre es Martín. He aquí un soldado de España que ha pasado la mayor parte de su vida luchando por tierras, tesoros y la cruz. Valgo millones. Pronto moriré y me enterrarán aquí en el Perú, la tierra que ayudé a destruir siendo apenas un joven. La historia que vais a escuchar trata de perdición. Perdición y oro. Más oro del que cualquiera de vosotros haya visto jamás, aún si trabajase en la Casa de la Moneda. Os contaré -- cómo 167 hombres conquistaron un imperio de 24 millones. Y después, cosas que ninguno ha dicho jamás: cosas que los harán gemir y gritar que estoy mintiendo. Y quizás lo esté. El aire del Perú es frío y cortante como el de una caverna y la imaginación vuela con más facilidad aquí que en Europa. Pero permítanme contarle: yo lo ví más cerca que ninguno y -- eso me hizo quererlo. El fue mi altar, mi imagen -- brillante de salvación. ¡Francisco Pizarro! Hubo una vez en que hubiera muerto por él o por cualquier culto. (El **Viejo Martín** entra batiéndose a duelo con un oponente invisible con una vara. El es el **Viejo Martín** como un impetuoso chico quinceañero). Si sólo pudiérais imaginar cómo era todo para mi al

principio y que se me permitiera servirlo. Pero los jóvenes ya no sueñan con prestar un -servicio ¡La - Conquista! Derribando indios en el nombre de España. El interior de mi cabeza fue un vasto llano para hazañas de bravura. Solía descansar durante horas en el pajar leyendo mi Biblia -"Don Cristóbal bajo los preceptos de hidalguía". Y después él llegó y los - hizo reales. Y el único lamento (*luz clave 2*) de mi vida es que nunca lo he visto.

FRANCISCO PIZARRO entra. *Es un hombre de edad avanzada: tenaz, imponente, riguroso, agotado, inescrutable. Los gestos son bruscos y casi violentos; la expresión intensa y enérgica, capaz de furia y crueldad, pero también de súbita melancolía y humor bur-- lón. En ese momento aparece más elegante de lo que suele hacerlo: cabello y barba arreglados y su ropa estupenda, como si tratara de dar una fina impresión. Está acompañado por su Segundo al Mando, Hernando de Soto y el Fraile dominico Vicente de Valverde. De - Soto es toda una figura, cuarentón: en todo él se - percibe una lealtad incuestionable -a su profesión, a su fe y a los valores aceptados. Es un soldado ad mirable y un amigo fiel. Valverde, en cambio, es un cura campesino cuyo sello no se caracteriza precisa- mente por la inteligencia ni la suavidad por satisfa- cer alguna ansiedad.*

PIZARRO. Fuí amamantado por una cerda. Mi casa es la más antigua de España: el chiquero.

VIEJO MARTIN. El ha hecho ya dos expediciones al -- Nuevo Mundo. Ahora, de casi 60 años, regresa a Espa- ña para hacer un último intento. Le ha llevado al - Rey oro suficiente para obtener el derecho único del descubrimiento de Perú y el título de Virrey sobre - todas las tierras conquistadas. Sin embargo, a ex- pensas propias equipó todo un ejército. Empezó a re- clutar en su lugar de nacimiento, Trujillo.

(Las luces bajan conforme él habla. Muchos adelan-- tos Españoles entran, entre ellos Salinas, el herre- ro; Rodas, el sastre; Vasca; Domingo y los hermanos

Chávez. Pizarro guía a Diego, quien es un joven de 25 años).

PIZARRO. ¿Cuál es tu nombre?

DIEGO. Diego, señor.

PIZARRO. ¿Qué es lo que mejor sabes hacer?

DIEGO. Si tuviera que contestar algo, diría caballos.

PIZARRO. ¿Qué te parecería ser Oficial de Caballe-- ría, Diego?

DIEGO. (*Ansiosamente*) ¡Señor!

PIZARRO. Ve allá. ¿Quiénes de vosotros es herrero?

SALINAS. Yo.

PIZARRO. ¿Estáis conmigo?

SALINAS. No estoy contra vos.

PIZARRO. ¿Quién es vuestro amigo?

RODAS. Un sastre, si vos os interesa.

PIZARRO. Los soldados nunca dejan de zurcir y remen- dar. Ellos agradecerán vuestra ayuda.

RODAS. Pues encuentrad a otro tonto que se las pro- porcione. Yo sólo estoy descansando aquí.

PIZARRO. Descansa (*Viendo al Joven Martín*) ¿Quién es éste?

DIEGO. Martín Ruíz, Señor. Un buen chico. Sabe de memoria todos los códigos de hidalguía. El ansía -- servir de paje, señor.

PIZARRO. ¿Su edad?

VIEJO MARTIN. Diez y siete.

PIZARRO. No mientas.

JOVEN MARTIN. Quince, señor.

(El Viejo Martín se va)

PIZARRO. ¿Padres?

JOVEN MARTIN. Muertos, señor.

PIZARRO. ¿Sabes escribir?

JOVEN MARTIN. 200 palabras en Latín y 300 en Espa-- ñol.

PIZARRO. ¿Porqué quieres ir?

JOVEN MARTIN. Porque significa un gran honor Señor.

PIZARRO. Escucha bien, si eres mi servidor, serás - portavoz de un viejo sin ningún título, sin ninguna tradición. Aprendí mi oficio como mercenario, traba-

jando para el mejor postor. Para mí, es un libro cerrado toda esa caballeridad; además, nunca he leído o escrito. Todos los libros están cerrados para mí. Si vas conmigo serás ambas cosas, mi lector y mi escritor.

JOVEN MARTIN. Será un honor mi Señor. ¡Ah, por favor mi Señor!

PIZARRO. No me digas señor, General es suficiente. Veamos tu muestra de respeto. Sáldame (*el joven se inclina*). Ahora a la iglesia. Este es el hermano Valverde, nuestro capellán.

VALVERDE. La bendición de Dios hijo mío y a todos los que vengan para convertir a los paganos.

PIZARRO. Les presento al caballero De Soto, Segundo al mando. Estoy seguro que todos conocen muy bien al Caballero pro su reputación; un gran soldado.

¡Ha peleado bajo las órdenes de Córdoba! Ninguna expedición fracasa cuando él la secunda, (*agarra un rollo de tela que trae bordado el emblema de una llama, la de De Soto*) ¡Mira esto! ¡La raza de indios!

Hace diez años cuando estaba con el gran Balboa, ví a un cacique que dibujó a esta bestia en la pulpa de un aloé y me dijo: ¡Donde vaga este animal hay una riqueza incontable!

RODAS. ¡Incontable, por supuesto! pregunta a Sánchez, el herrero quien hace cinco años escuchó algo parecido.

DIEGO. ¿A quién le importa él?

RODAS. ¿Una maldita riqueza incontable? Llovió seis meses y su pellejo se pudrió. Perdieron veinti siete de los cincuenta soldados.

PIZARRO. ¡Y así lo haremos otra vez! ¿Que crees -- que te estoy ofreciendo? ¿Una caminata por el campo? ¿Dulces y vino en una canasta? ¿Una mujer que puedas abrazar? No, yo estoy prometiendo pantanos. Un bosque cerrado como la barba del mundo. La mitad -- del cuerpo enterrado para escapar de los piquetes de insectos. Se puede vivir durante semanas en una palmera, haciendo sopa de tiras de cuero. Por la noche, dormir en la densa tiniebla con víboras alrededor de la cabeza como cuerdas de campana-- y hombres negros en esa obscuridad: hombres que se comen unos a otros.

¿Y porqué se debe soportar todo eso? Porque yo creo que más allá de ese terrible lugar hay un reino, en donde el oro es tan común como la madera que hay -- aquí. Caminé solamente dos pasos hacia adentro y -- encontré tazas y cazuelas hechas de puro oro. (*Palmeó sus manos y entra Felipillo, un indio de Ecuador, esbelto y delicado, portando ornamentos de oro. En realidad Felipillo es un hombre histérico y traicionero, pero en ese momento, bajo la mirada de su amo, se pasea graciosamente frente a los estupefactos pueblerinos*). Os presento a Felipillo, capturado en mi último viaje. Mirad sus adornos, para él no son más que plumas para nosotros, todo es de oro. Examinadlo. ¡Abajo!

(*La gente lo examina*)

VALVERDE. Miradlo bien, es un pagano, un ser condenado a la llama eterna. A menos que vosotros lo ayudeis. No pensais que vamos solamente a destruir su gente y a quitarles su riqueza. Nosotros vamos a tomar lo que ellos no valorizan y a darles la inapreciable gracia del cielo. Aquel que me ayude a guiar a este hombre de la tinieblas a la luz, lo obsolveré de todos los crímenes que haya cometido.

PIZARRO. ¿Y bien?

SALINAS. Ciertamente, es oro.

PIZARRO. Para tu conocimiento, yo era como tú. Me sentaba por las tardes en esta misma calle, ausente, tomaba en la cantina y dormía en la pocilga. Hedor y fando, ningun otro aliciente. Aún si mueres en esta aventura, ¿qué cosa agradable puede retenerte aquí?

VASCA. ¡Carajo, tienes razón!

PIZARRO. Te digo hombre: allá serás el amo, aquellos tus esclavos.

VASCA. Bien, esa es la idea: se refiere al esclavo de esclavos.

DOMINGO. (*tímidamente*) ¿Pensáis que es cierto?

PIZARRO. ¿Crees que soy un mentiroso?

DOMINGO. No señor...

VASCA. Aún si lo fuera. ¿Qué te detiene aquí?

Eres un barrilero. ¿Cuántas barricas has hecho en este año? Ese es un maldito trabajo de perros.

PIZARRO. ¿Y vosotros? ¿Sois hermanos, no es cierto?

DIEGO. Son los hermanos Chávez, Juan y Pedro.

JUAN. Señor.

PEDRO. Señor.

PIZARRO. ¿Qué me contestáis?

JUAN. Yo sí voy, señor.

PEDRO. Yo también señor.

VASCA. Y yo. Me voy a conseguir uno o dos esclavos como él.

DOMINGO. Y yo. Vasca tiene razón, no puede haber peor cosa que quedarse aquí.

RODAS. Pues yo no iré. No van a ver a Rodas caminar en una mendiga selva.

SALINAS. Cierra tu hocico de chango. ¿Te piensas quedar aquí para siempre, llenándote de pulgas? El vendrá también, señor.

PIZARRO. Marchar a Toledo para pasar revista. ¡Diego reúnelos a todos y llévalos!

DIEGO. A la orden, señor.

(El Joven Martín se retira del grupo, pero Pizarro lo detiene)

PIZARRO. Muchacho.

JOVEN MARTIN. Sí señor.

(Pausa)

PIZARRO. Aprende el nombre de todos los hombres y oficiales que están enlistados.

JOVEN MARTIN. Con gusto, señor. Gracias, señor.

PIZARRO. Ahora eres un paje, por lo que debes comportarte como tal, siempre con dignidad.

JOVEN MARTIN. *(hace una inclinación)* Sí señor.

PIZARRO. Con respeto.

JOVEN MARTIN. *(inclinación)* Sí señor.

PIZARRO. Y obediencia.

JOVEN MARTIN. *(se inclina)* Sí señor.

PIZARRO. Y no es necesario hacer reverencias cada diez segundos.

JOVEN MARTIN. *(se inclina)* No señor.

VALVERDE. Vamos hijo mío, hay mucho trabajo que hacer.

(Salen)

PIZARRO. ¿Qué extraña visión de ti mismo, como si estuvieras en esta misma calle.

DE SOTO. ¿Te gusta?

PIZARRO. No, yo era un tonto. Los soñadores merecen lo que consiguen.

DE SOTO. Y en este preciso momento, ¿con qué estás soñando?

PIZARRO. Con el oro.

DE SOTO. Vamos, el oro ya no es un imán tan poderoso como para atraerte otra vez al nuevo mundo.

PIZARRO. Tienes razón, a mi edad las cosas se presentan tal como son en realidad. El oro es solamente un metal.

DE SOTO. Y entonces, ¿Porqué no permaneces aquí - siendo el héroe de una provincia? ¿Qué te falta todavía soportar tomando en cuenta tus dolencias? Te has ganado el derecho a la comodidad. Tu país te la proporcionaría con gusto para el resto de tu vida.

PIZARRO. Mi país, ¿dónde queda eso?

DE SOTO. En España, señor.

PIZARRO. España y yo hemos sido dos extraños desde que yo era un adolescente. El único punto que conozco es este pueblo asqueroso. Esto es España para mí. ¿Es aquí donde quieres que encuentre mi bienestar? - Durante veintidos años guíe cerdos por las calles, - porque mi padre no atendía a mi madre. Veintidos años sin tener un día de esperanza. Me volví soldado y arrastré mi arcabús por los caminos de Italia, estaba muy hambriento y muy lejos de la comida. No obtuve nada ni dí nada. Y a pesar de que me quejé de eso una vez, ahora estoy contento. Porque nada -- debo... Una vez, el mundo pudo congraciarse conmigo por una pequeña granja, dos campos pedregosos y un "Señor" antes de mi nombre. Pero dijo "No". Diez años después pudo hacer lo mismo por lo doble: una pequeña hacienda, cincuenta naranjos y yo como dueño.

Pero dijo "No". Veinte años después y todavía pudo haberme adquirido a bajo precio, cuando como el leal teniente de Balboa lo acompañé hacia el Pacífico y lo reclamó para España: Pensión del Estado y cena una vez a la semana con el Alcalde local. Pero el mundo dijo "No". Dijo "No" y dijo "No". Bien; ahora me van a conocer. Si sobrevivo a esto, el próximo año voy a tener tanta fama que nunca seré olvidado. Mi nombre aquí, durante siglos, será cantado en sus baladas, bajo los árboles de corcho donde me sentaba cuando era niño y usaba vendajes en vez de zapatos. Te divierte.

DE SOTO. Seguramente te das cuenta de que no es así.
PIZARRO. Ah, si, te divierte Caballero de Soto. Un descendiente de la antigua piara de cerdos moviéndose pesadamente tras la fama. Tu heredaste tu honor; yo tuve que escarbar el mío como los puercos. Es divertido. (Efectos Clave 1).

ACTO PRIMERO

ESCENA 2

LUCES más blancas y frías. (Luces. Clave 3).
(El se arrodilla. Un **ORGANO** suena: la austera polifonía de la celebración de España. Entra **Valverde** llevando un inmenso Cristo de madera. Lo acompaña su asistente **Fray Marcos de Nizza**, un franciscano, hombre de temperamento mucho más sereno y de madurez intelectual. También entran todos los aldeanos vistiendo capas blancas de caballería y portando banderas. Entre ellos está **Pedro de Candia**, un capitán veneciano, lleva una perla en una oreja y camina con lenta cautela que de inmediato sugiere peligro. Entra el **Viejo Martín**. (Efectos Clave 2)).

EL VIEJO MARTIN. El día de San Juan el Evangelista, nuestras armas fueron consagradas en la Iglesia Catedral de Panamá. Nuestra nómina era de ciento ochenta y siete, con caballos para veintisiete.

VALVERDE. Soís los cazadores de Dios. ¡Las armas que tenéis son sagradas! Oh Dios, concédenos a todos el coraje de Tu valiente Hijo. Muéstranos el ca-

mino para abrirnos paso en la barbarie de sus oscuros bosques hacia la vasta planicie protegidos con tu gracia.

DE NIZZA. Y consuelo, te rogamos Señor, todos los guerreros que tengamos algún pesar a partir de éste momento.

EL VIEJO MARTIN. Fray Marcos de Nizza, Franciscano, designado para ayudar a Valverde.

DE NIZZA. Vosotros soís los portadores de la comida para la gente hambrienta. Les daréis piedad como pan y les serviréis bondad en sus copas. Antes que ellos, pondréis la inagotable mesa del espíritu libre e invitaréis a ella a todo aquel que se haya alimentado de terror. Llevaréis a todas las tribus el alimento de la compasión. Sembraréis sus campos con amor y les enseñaréis a cosechar los sembradíos, cada cosecha en su temporada. Recuerden esto siempre: somos su Nuevo Mundo.

VALVERDE. Acérquense todos y reciban la bendición.

(En ese momento los hombres se arrodillan y son bendecidos).

EL VIEJO MARTIN. Pedro de Candia, Caballero de Venecia, encargado de las armas y la artillería. Estos son los aldeanos que vosotros ya conocéis. Había muchos otros, por supuesto. Almagro, el socio del General, quien apoya la organización de refuerzos y espera lograrlo dentro de tres meses. Riquelme el Tesorero. Pedro de Ayala y Blas de Atienza. Herrada el Espadachín y González de Toledo. Y Juan de Barbarán a quien todos llamaban el buen sirviente porque lo querían. Y muchos hombres menos importantes. Incluso el miembro más joven se veía a sí mismo con una partida de Indios y un terreno para un huerto. Era una compañía tambaleante, ninguno de ellos era muy noble pero deseaban la riqueza. (Entra **Estete**: (Efecto Clave 3) un ceremonioso y arrogante hombre, con el traje negro de la Corte Española). Y principalmente estaba-

ESTETE. Miguel Estete, Veedor Real y Supervisor representante del Rey Carlos V. No debisteis haber --

permitido bendecir a nadie antes de que yo llegara.

PIZARRO. Con vuestro perdón, Veedor, yo no entiendo asuntos de antes o después.

ESTETE. Eso es evidente, General, en esta expedición mi nombre es la ley: expresada con la autoridad del Rey.

PIZARRO. Con su perdón, pero en esta expedición mi nombre es la ley: no habrá ningún otro.

ESTETE. Sólo en cuestiones militares.

PIZARRO. En todas las cuestiones.

ESTETE. Cuestiones que no infrinjan la majestad del Rey.

PIZARRO. ¿Cuales podrían hacerlo?

ESTETE. Recordad vuestra lealtad a Dios, señor, y al Trono, señor, y no las descubriréis.

PIZARRO. (Furioso) ¡De Soto! En el nombre de España nuestra Sagrada Nación, os nombro al mando después de mí. Dependiendo solo de mí. En el Nombre de España nuestra Sagrada Nación, yo, yo... (titubea, agarrándose el costado que le duele. Una pausa. -- Los hombres murmuran entre ellos). Saquen las banderas. (Efectos . Clave 4).

DE SOTO. Levanten sus banderas. ¡Marchen! (Luces Clave 4). (La música del ORGANO continúa: todos salen de escena, dejando a Pizarro y a su paje solos en el escenario. Solo cuando el resto se ha ido sucede el desmayo del General. El muchacho está asustado y preocupado. (Efectos . Clave 5)).

JOVEN MARTIN. ¿Que os pasa, señor? (Efectos . Clave 6).

PIZARRO. Una herida de hace mucho tiempo. Una herida hasta los huesos. Un salvaje me la hizo de por vida. A veces me da problemas... Tú comenzarás mucho antes que yo con tus heridas. También con tus muertes. Me pregunto cuánto lo disfrutarás.

JOVEN MARTIN. Vos lo vereis, señor.

PIZARRO. Lo haré. Se comercia con la muerte cuando se es soldado, y todos los conocimientos deben servir para hacerla aparecer limpia, saber cuáles rasguños matan y cómo evitarlos.

JOVEN MARTIN. Pero seguramente, señor, hay algo más para llegar a ser soldado aparte de eso.

PIZARRO. ¿Te refieres al honor, a la gloria, a las tradiciones del servicio?

JOVEN MARTIN. Sí, señor.

PIZARRO. ¡Mierda! Los soldados están para matar: esa es su razón de ser.

JOVEN MARTIN. Pero, señor...

PIZARRO. ¿Qué?

JOVEN MARTIN. No es sólo matanza.

PIZARRO. Mira muchacho: grábate algo. Los hombres no pueden permanecer sólo como hombres en este mundo. Es demasiado grande para ellos y los vuelve miedosos. Entonces se construyen refugios contra esa grandeza, ¿te das cuenta? Ellos llaman a los refugios: Corte, Ejército, Iglesia. Les son útiles contra la soledad, Martín, útiles; pero no efectivos. No son verdades Martín, ¿Lo entiendes?

JOVEN MARTIN. No señor, Sinceramente no, señor.

PIZARRO. ¡No señor. No sinceramente, señor! ¿Por que eres tan joven? Mírate. Formado sólo en una cuarta parte. Un joven inexperto que el mundo desviará por sus invisibles senderos. Entiende de una vez. La lealtad del ejército es solo una blasfemia. El mundo de los soldados es un campo de niños que no crecen, que juegan con galardones y adornan sus ceremonias sólo para aparentar frente al resto del mundo. Suman el número de sus muertes azules a sus muertes verdes y a eso le llaman historia. Pero todo eso es solo una flor que el bandido graba en su cuchillo antes de meterlo en el costado de un hombre... ¿Qué es la tradición del ejército? Nada, sólo años de nosotros contra ellos. Hombres-Cristo contra paganos. hombres contra hombres. Yo lo he vivido muchacho y déjame decirte que esto no es más que el juego de una pesadilla, jugada por los brutos que buscan encontrar una razón.

JOVEN MARTIN. Sin embargo señor, alguna noble razón puede conducirlos a una gloriosa batalla.

PIZARRO. Dame una razón que siga siendo noble, una vez que hayas comenzado a cortar miembros en su nombre. No hay ninguna causa en el mundo que se oponga a ese dolor. Noble es sólo una palabra. Déjala para los diccionarios.

JOVEN MARTIN. No puedo creerlo, señor.

PIZARRO. Mira en ti la esperanza, adorable esperanza que está en tí como en el rocío de la mañana. ¿Sabes a dónde vas? Vas a un inmenso mundo con cientos de millas de obscuridad y ruidos. La obscuridad de la que todos nosotros venimos. Es el infierno. Las cosas vuelan, huyen, se mueren y su muerte pasa desapercibida. Lleva tus nobles razones allá, Martín. Coloca tus banderas de seda en esa negrura y persígnete ante los indios. Observa el temor que les gobierna. Te aconsejo que regreses a España muchacho.

JOVEN MARTIN. No señor. Yo iré con vos. Puedo aprender.

PIZARRO. Serás enseñado; pero no por mí. Por la selva.

(Efectos: Clave 7) (desaparece) (Luz: Clave 5)

ACTO PRIMERO

ESCENA 3

(El muchacho se queda solo. El escenario se oscurece y el enorme Medallón en lo alto de la pared comienza a relumbrar. Los grandes llantos de "Inca" se escuchan. El muchacho examina el escenario. La música exótica se mezcla con el canto. De repente el medallón se abre y forma un enorme sol de oro con doce grandes rayos. En el centro está Atahualpa, soberano Inca del Perú, con máscara, coronado y vestido de oro. Cuando habla, su voz, como las voces de todos los Incas, es enfáticamente formal. Tras él va entrando la corte Inca: Villac Umu, El gran sacerdote, Challcuchima, Manco y los otros todos enmascarados y cubiertos de barro rojizo. Se arrodi-llan).

MANCO. Manco tu Chasqui habla. Traigo noticias de muchos corredores y de lo que han visto en lo más lejano de la provincia. Hombres blancos sentados sobre enormes cabras. ¡Las cabras son rojas! Por todas partes su líder grita ¡Aquí está Dios!

ATAHUALLPA. ¡El dios blanco!

VILLAC UMU. ¡Ten cuidado! ¡Ten cuidado Inca!

ATAHUALLPA. El espíritu todopoderoso que vivió en este lugar antes que mis ancestros, os gobernó. ¡El dios blanco regresa!

CHALLUCUCHIMA. Tu no sabes nada de esto.

ATAHUALLPA. El ha sido esperado durante mucho tiempo. Si viene, será con bendiciones. Entonces mi gente verá que hice bien en usar la corona.

VILLAC UMU. ¡Mucho cuidado! Tu madre luna usa un velo de fuego verde. Un águila cayó sobre el templo en Cuzco.

MANCO. Es verdad, Capac. Cayó del cielo.

VILLAC UMU. Del verde cielo.

CHALLUCUCHIMA. Hasta de la casa de oro.

VILLAC UMU. Cuando el mundo acabe, a las pequeñas aves les crecerán garras afiladas.

ATAHUALLPA. Cubran la boca (todos se tapan la boca) Si el dios blanco viene a bendecirme todos deben verlo. (Efectos: Clave 8. Luz: Clave 6) (La corte se retira. Atahualpa permanece en el escenario, inmóvil en su girasol. El permanece en esa posición hasta el final de la escena 7).

ACTO PRIMERO

ESCENA 4

Luz intermitente.

(Provincia de Tumbos. (Efectos: Clave 9) Gritos y llantos de alarma imitando el grito de una ave tropical. Una multitud de Indios atraviezan el escenario perseguidos por Soldados).

DE CANDIA. ¡Atrapa a ese! El es el jefe. (Capturan al jefe. Al ver esto, todos los Indios se quedan callados y quietos. De Candia se aproxima con su espada). Ahora, maldito prieto, muéstranos el oro.

PIZARRO. Con gentileza, De Candia. Nada conseguirás de él en esa forma.